

cuando prorumpa en acentos de júbilo, regocijaos en el Señor; cuando ensalce y bendiga, ensalzad también y dad gracias: *Si orat psalmus, orate; si gemit, gemite; si gratulatur, gaudete; si timet, time.* S. AUG. IN PSALM. XXX. Si os llama á la oracion, al trabajo, ó al descanso, obedeced á esa señal, cual emanada de boca del mismo Dios. Si os convoca al templo santo, exclamad: Gran contento tuve cuando se me dijo; iremos á la casa del Señor: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* PSALM. CXXI, 4. Cuantas veces hiriere vuestro oido, repetid: he aquí una hora más desprendida de la corona de mis dias; un paso más hácia el término de mi carrera; y, sin embargo, á medida que avanzo, ¿qué progresos he hecho en el camino de la eternidad? Una hora postrera ha de llegar, despues de la cual mi ser ya no tendrá el tiempo por medida; y si al presente diese esta hora, ¿adónde iria á parar mi alma? ¿En las manos de un Padre ó de un Juez? Estas reflexiones no podrán ménos de promover en vosotros vivos deseos de trabajar sin descanso en vuestra santificacion, hasta que, ricos en méritos, y adornados de todas las virtudes que debeis practicar, merezcáis el premio eterno que os está preparado en el cielo, y á todos os deseo. Amen.

Véase: BENDICION DE CAMPANAS.

CANANEA.

Effundam super domum David spiritum gratiæ et precum.

Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oracion.

(Zach. XII, 10.)

Entre los muchos delirios de la filosofia pagana, uno de los más funestos era el de creer, que el hombre no tiene necesidad alguna de Dios para conocer la verdad ni para practicar la virtud, y que no debe, por lo tanto, pedir á Dios ningun auxilio. De aquí nació la

procaz blasfemia de los estoicos, que decian, que no deben atribuirse á Dios las acciones virtuosas; y de aquí provino también el sacrilego sarcasmo de los epicúreos, que decian: Concédame Dios las riquezas y la vida; más en cuanto á la probidad del corazon para nada le necesito, porque me basto á mi mismo.

Y ¿cuáles fueron los efectos de estas infernales doctrinas? El profeta nos lo manifiesta, cuando, hablando de presente, describe lo futuro, diciendo: PSALM. XIII: Desde que el hombre ha perdido el conocimiento de sí mismo y de su miseria, no se vuelve á Dios para pedirle auxilio: *Non est intelligens aut requirens Deum*; antes bien, separándose del camino de la justicia y de la honestidad: *Omnes declinaverunt*, se corrompe miserablemente, y se hace inferior á los brutos por la ruindad de sus pasiones, siendo así que, arrebatado por su orgullo, habia llegado á creerse superior á Dios: *Corrupti sunt, abominabiles facti sunt in studiis suis*; y, por último, no quedando ya en él la menor sombra de virtud, se convierte en oprobio de la creacion: *Simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*

Y ¿qué hizo nuestro divino Redentor para sacar al hombre de este abismo, y devolver á la tierra la santidad que habia perdido? Derramó abundantemente sobre la Iglesia y sobre los fieles el espíritu de gracia y de oracion: de manera, que los primeros fieles, al hacerse cristianos, se hicieron hombres de oracion; y al hacerse hombres de oracion, se hicieron santos.

Con razon se llama este espíritu, *espíritu de gracia y de oracion*; porque, vivo siempre en el cristianismo desde la muerte de Jesucristo, nos persuade á la *oracion* y nos alcanza la *gracia*; sostiene nuestra debilidad y nos atrae la divina misericordia; alienta nuestra confianza é inclina hácia nosotros la Majestad divina; eleva al hombre hasta Dios y hace descender á Dios hasta el hombre; y, finalmente, pone en comunicacion á la tierra con el cielo y al hombre con Dios.

Jesucristo, sin embargo, no contento de hablarnos en cada página del Evangelio de este espíritu de gracia y de oracion, revelándonos su necesidad, su importancia y sus caracteres, ha querido darnoslo á conocer en la historia de la Cananea de una manera sensible, en su naturaleza y en su accion. Consideremos, pues, en tan admirable historia este grande y precioso efecto de la venida del Redentor, este prodigio de su bondad; veamos los sentimientos que aquel espíritu sugiere, el lenguaje que usa, los actos con que se manifiesta, tanto en el hombre relativamente á Dios, como en Dios relativamente al hombre, á fin de que sepamos de este modo cómo se ha de orar,

y cómo puede esperararlo todo de Dios el que ora debidamente. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Los escribas y fariseos han acusado á los discípulos y calumniado al Maestro; más, á pesar de esto, Jesucristo deja hoy la Judea y se traslada al territorio de Tiro y de Sidon, ciudades gentílicas: *Egressus Jesus secessit in partes Tyri et Sidonis*. MATTH. xv, 21. No se propone con esto abandonar á su pueblo, sino convertirlo; no es este un castigo de su justicia, sino un recurso de su misericordia. El amor paterno es tanto más industrioso, cuanto más tierno es. Cuando un buen padre ve, que sus hijos no le guardan el respeto y la veneracion que le son debidos, hace como que quiere dejar su herencia á los extraños, para intimidar de este modo á los hijos, y atraerlos á su amor, á lo ménos por medio del interés. Esta es la razon por que sale hoy el Señor de los confines de la Judea, y entra en el territorio de las ciudades gentílicas de Tiro y de Sidon. Este padre amoroso quiere de este modo atraerse el corazon de los judíos, haciéndoles creer, que va á castigar su ingratitud, trasladando á los gentiles la gracia de su venida, que aquéllos desprecian.

Pero ¿quién es esa mujer, que con el rostro pálido, con el cabello suelto, afligida y llorosa, sale al encuentro de Jesús gritando: Señor, hijo de David, ten lástima de mí? Es una mujer distinguida de Cananea, que tiene una hija atormentada horrorosamente por el demonio, y que busca á Jesús, con la esperanza de alcanzar de él su curacion. Más ¿cómo sabe ella, que Jesús es Señor é hijo de David? El evangelista nos lo dá á entender, cuando dice, que aquella mujer venia de su país natal: *Mulier egressa de finibus illis*. MATTH. xv, 22. Al salir de su patria idólatra, habia abandonado sus supersticiones y errores, y mudando de lugar, habia tambien mudado de creencias, trocando la falsa religion por la religion verdadera. De esta manera, la Iglesia de los gentiles figuró desde entónces la Iglesia romana, que, abandonando su antigua patria, donde yacia envuelta en las tinieblas de la ignorancia y del error, salió al encuentro de Jesucristo en la persona de Pedro, que habia ido en busca de ella.

Esto nos enseña á nosotros que para ir al encuentro de Jesucristo es necesario abandonar los usos profanos, las supersticiones y las máximas del mundo; es preciso salir del tumulto de Babilonia, y buscar á Jesucristo en la soledad, esto es, en el recogimiento y en el silencio, para rogar á Dios con fruto. Por lo demás, si vemos que la Cananea, en vez de hablar al Señor, levanta la voz y grita, es porque habiendo abjurado sus vicios y errores, ha recibido ya el espíritu

de oracion, que, cuando reside en nosotros, nos enseña á orar gritando. Este espíritu es el que ha hecho de la Cananea el modelo de la oracion para los cristianos de todos tiempos y lugares. ¡Cuán exacto, cuán expresivo y sublime, en su misma sencillez, es el lenguaje de esta religiosa matrona! Al oirla, parece que se oye á un alma cristiana consumada en la piedad, y no á una mujer recién salida de un país gentil. Ella llama á Jesús: *Señor, hijo de David*. ¡Oh fe verdaderamente admirable! Llamándolo *hijo de David*, lo reconoce hombre y Redentor; pero añadiendo, *Señor*, lo confiesa Dios; y como á Dios lo adora humildemente.

Comenzando la Cananea su oracion con un acto de fe, nos enseña, que la primera condicion para orar es creer, porque no puede orar bien quien no cree firmemente. Observad tambien, que esta persona, que ora, es mujer y gentil, y, por lo mismo, inclinada más particularmente á las prácticas supersticiosas. Sin embargo, tan sabia como fiel, no buscó á los impostores y adivinos, para que con palabras sacrílegas ó con diabólicos ritos arrojasen de su hija al espíritu maligno, sino que recurrió á Jesús, Señor y Salvador de todos los hombres, llena de esperanza y de seguridad de que, con una sola palabra, podria curar á su hija. ¡Oh cuánta confianza revelan estas palabras: «¡Señor, hijo de David, ten piedad de mí!» Estas palabras pueden traducirse del modo siguiente: «¡Oh tú, que eres hijo del Padre eterno y te hiciste hijo de David, que eres Dios y te hiciste hombre; tú me inspiras una completa confianza en tu bondad!» ¡Oh hermosa confianza! De este modo es como se ha de unir á la fe, que es la base de la oracion, la confianza, que es su apoyo. No ha de dudarse un instante, dice el apóstol Santiago, que se alcanzará de Dios lo que se le pida de este modo: *Postulet autem in fide: nihil hæsitants*. JAC. 1, 6.

Nada iguala á la humilde opinion que la Cananea tiene formada de sí misma. Aun cuando se halla profundamente afligida y desconsolada, reconoce, que no tiene mérito alguno para obtener el milagro; más todo lo espera de la grandeza de la divina misericordia, cuando dice: «Señor, ¡ten piedad de mí!» Pronto la veremos llevar su humildad hasta el punto de compararse con un vil perro; y, con esta confesion sincera de su bajeza; hacer violencia á Jesucristo y arrancar de su mano la gracia, enseñándonos á nosotros, que, así como el pájaro no puede volar sin las dos alas, de la misma manera la oracion no puede elevarse á Dios, si la humildad no va en ella acompañada de la confianza; y que, por lo mismo, es necesario que, al tiempo de orar, manifestemos á Dios, no solo un corazon confiado, sino tambien un espíritu profundamente humillado.

Mas la Cananea no ora solo con los labios; el grito que lanza su boca sale de lo profundo de su corazon. No implora la compasion para su hija, sino para sí misma; porque las penas que padece la hija en el cuerpo, por una simpatía de amor, se reproducen todas más dolorosas y agudas en el alma de la madre. Y para excitar más eficazmente la piedad de Jesús, al cuadro horroroso de la enfermedad de su hija, añade la historia de su propio dolor. Este grande y piadoso ejemplo nos enseña, que la perseverancia en la oracion no es eficaz, sino cuando lo que pronuncia la lengua es dictado por el corazon.

2. Y ¿qué hace, qué responde Jesús á una oracion tan llena de fe, de confianza, de humildad y de fervor; á una oracion tan bella y perfecta? Ni siquiera se digna echar una mirada á la que la ha pronunciado. Hace como que no la ve, que no la oye, ni atiende; y no le responde una sola palabra. Pero, ¿cómo es posible? ¿Una madre desconsolada pide, suplica y hace resonar los aires con sus gritos y lamentos; el pueblo, expectador de esta tierna escena, se conmueve; los apóstoles se enternecen, y Jesús, el tierno y amoroso Jesús, el Dios infinitamente bueno, es el único que no se enternece ni conmueve! ¡Oh Jesús! ¡amado y dulcísimo Jesús! ¿cómo se ha cambiado tu corazon de tal modo, que ya no lo conozco? Tú, que procuras hacer el bien aun á los mismos que no lo piden, ¿cómo puedes despreciar á esta infeliz, que viene en busca de tí, que te suplica, se humilla y te adora? Pero ¿qué digo? Este abandono, este silencio del Señor, no es efecto de la dureza de su corazon, sino una tierna industria de su amor. Mientras parece, que desprecia á la suplicante, quiere hacerla conocer, admirar é imitar; quiere presentarle una ocasion en que muestre á la luz del dia la profunda sabiduría, el tesoro precioso de virtudes que se ocultaba en su humilde corazon.

Efectivamente; aunque la Cananea ve la indiferencia y el desprecio con que ha sido oída, y que ni siquiera ha merecido respuesta, no se desanima por esto, no pierde la confianza ni retrocede, sino que insiste, repitiendo el mismo grito y llamando á la misma puerta, como si hubiese oído la gran leccion, que el Señor habia dado acerca de la oracion con estas palabras: «Pedid y no dejéis de pedir, y obtendréis; llamad y volved á llamar á las puertas del cielo, y se os abrirán.» En vano, pues, el Señor, mostrando no verla, le vuelve las espaldas y prosigue su camino. La Cananea no desmaya por eso, sino que sigue tras él.

La Cananea, en el acto de ir clamando y suplicando detrás de Jesucristo, representó la Iglesia de los gentiles, que no vió al Señor cara á cara en su carne mortal; pero despues que subió al cielo, prin-

cipió á clamar en pos de él, y permanece desde entónces en continua oracion. Y ¿qué es lo que desea y ruega esta Iglesia? Ruega siempre por la plebe fiel, su hija amada, por todos los pueblos, que con maternal solicitud conserva en la gracia del Evangelio, para que sean libres del error y de los vicios, que los convierten en vil juguete del demonio. Hace ya diez y ocho siglos, que su voz melodiosa y patética, su palabra siempre blanda y siempre eficaz, se eleva hasta el cielo, llega á los oídos de su divino Esposo, y hace descender sus misericordias sobre sus amados hijos.

Al ver los apóstoles, que la Cananea seguía á Jesucristo con tanta humildad y tanto dolor, se apresuran á interceder por aquella mujer, que, acaso, rechazada por el Maestro, habia solicitado la intercesion de los discípulos. Acercándose, pues, éstos á Jesús, le dicen: «Señor, ¿no oyes como viene detrás de nosotros dando gritos? Concédete la gracia que pide, déjala ir contenta, y libranos de esta molestia.» Precisamente para dar lugar á esta intercesion de los discípulos, Jesucristo nada habia respondido; á fin de enseñarnos, que, para obtener la gracia, son necesarias las oraciones y la intercesion de los Santos, y para que supiésemos y practicásemos este dogma consolador de la verdadera fe.

No fué mas feliz, al parecer, la peticion de los intercesores, que la de la misma suplicante; porque Jesucristo, con demostracion de indiferencia, dijo á sus discípulos: No hay gracia para los cananeos, gentiles; yo no he sido enviado sino para salvar á los judíos que han perecido. Pero ¿qué dices, Señor? Pues qué, ¿no has bajado del cielo, no has tomado carne humana, sino para salvar á un puñado de hombres en un rincon de la tierra, y no hay salvacion para la restante porcion del género humano? En este pasaje, Jesucristo hablaba de su presencia corporal y de sus milagros, queriendo decir, que en cuanto á la concesion de la gracia de sus milagros y de su presencia, solo habia sido enviado á los judíos, que eran los únicos que le habian visto nacer, morir, resucitar y obrar prodigios. Más, en cuanto á los gentiles, si no recibió la mision de dejarse ver y oír personalmente de ellos, tuvo no obstante la de dejarse conocer y adorar de los mismos, y salvarlos, enviándoles sus apóstoles, y, por medio de éstos, su Evangelio, su doctrina y la gracia de sus misterios y sacramentos.

Al oír los apóstoles la respuesta firme y resuelta del Salvador, volviéndose á la Cananea, le dijeron: «Tú misma lo has oído. Ya ves, que está resuelto á no hacer gracia ninguna: por tanto, es inútil que insistas en rogar. Vuélvete en paz, y déjanos en paz á nos-

otros.» ¡Vanos consejos! «¿Yo irme, contesta la mujer, sin haber alcanzado la gracia que imploro? No será así. Si vosotros no queréis, ó no podeis hablar por mí, hablaré yo misma.» Entre tanto, el Señor se habia ocultado á la vista de la Cananea, entrando en una casa cercana, para no ser descubierto. Pero esta diligencia fué vana. El amor y el deseo todo lo adivinan. Aunque nadie diga á la Cananea donde está Jesucristo, su corazon se lo dice: ella lo adivina, lo descubre y lo encuentra. «Ha huido de mí, dice, y se me ha ocultado; más en esta casa debe estar.» Y asegurada de que allí está, en efecto, el Salvador, penetra en la casa á viva fuerza, y llevada de un temerario y santo atrevimiento, llega al lugar donde está el Señor, postráse humildemente á sus piés y le adora. Admirad aquí la heroica perseverancia de esta sublime matrona; tantas repulsas, léjos de haber entibiado su fe, la han hecho mas viva y perfecta. Primero llama á Jesucristo *Hijo de David*, despues le honra como *Señor*, y, finalmente, le *adora* como Dios, supuesto que no implora su mediación para con Dios, sino su auxilio como Dios. Y ¿qué hará el Señor al ver la continua y santa porfia con que la Cananea llama á las puertas de su piadoso corazon? Jesucristo no se manifiesta enternecido ni conmovido, y, sin dignarse mirarla, le responde: No hay gracia para tí, porque no es bien quitar el pan á los hijos para darlo á los perros. Con la palabra *hijos*, el Señor quiso significar, segun los intérpretes, el pueblo de Israel, llamado en la *Escritura* el primogénito de Dios. Con la palabra *pan*, quiso significar sus milagros, su Evangelio y todas las gracias concedidas al hombre para alcanzar la salvacion eterna. Finalmente, con la palabra *perros*, aludió á los gentiles, que se alimentaban de las carnes sacrificadas á los ídolos, y adoraban y se postraban ante dioses de piedra, semejantes á los perros que lamen las piedras y se recrean en beber sangre. Además, el Señor adoptó en esta ocasion el lenguaje de los judíos, que solian llamar *perros* á los gentiles.

Pero ¡oh respuesta! ¡oh palabra! ¿Es posible, que haya salido esta palabra de la boca dulcísima de Jesucristo? Pues qué, Señor, ¿á los judíos, que te persiguen, te calumnian é injurian, los llamas *hijos*; y á esta mujer virtuosa, que te cree con tanta fe, te adora con tanta reverencia, te ruega con tanta confianza, y se postra á tus piés con tanta humildad, la llamas *perra*? ¡Ay! tú, Señor, con tus amargas palabras enconas las llagas del corazon de esta pobre madre, mucho más que con tu silencio. Pero ¿quién no ve, que la dureza que usa Jesucristo con la Cananea es una industria amorosa de su corazon, siempre ocupado en la grande obra de nuestra salvacion eterna?

Con este magnífico ejemplo, nos demuestra sensiblemente la maravillosa eficacia que tiene en su presencia nuestra constancia en la oración, é inculca en nuestro corazon la importante verdad, de que el espíritu de gracia quiere ser, no solo suplicado, sino importunado por el espíritu de oración, y que esta santa importunidad acaba siempre por alcanzar lo que pide.

5. Por lo que toca á la Cananea, Jesucristo sabe muy bien, cuál es el temple de su corazon, y lo que puede esperarse de esta alma, que su gracia ha formado y educado para el magisterio de la oración. En efecto, cualquiera otra mujer, al oirse llamar perra en presencia de un pueblo, no hubiera podido refrenar su cólera, y entre el dolor de la repulsa, y la vergüenza de una pública afrenta, cambiando la humildad en soberbia, la confianza en desprecio, y la reverencia en blasfemia, hubiera vuelto furiosamente las espaldas al Señor, y se hubiera ido, arrojando en amargos acentos la hiel de su rabia mujeril, tan vivamente irritada. Pero nó, la Cananea reprime los impulsos del orgullo mujeril, tan duramente humillado. Espera ahora más que nunca la gracia, confiando en el mismo que parece deberla alejar para siempre de ella; y cuanto más despreciada se ve, tanto más humilde y confiada se muestra. En efecto, no bien acaba Jesucristo de llamarla perra, cuando con ademan modesto, sencillo y candoroso, responde: Sí, verdad dices, Señor; más, por lo mismo que soy una perra, no puedes negarme la gracia que te pido; porque los perros comen tambien de los pedazos de pan que les echan los hijos, ó de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Por consiguiente, aun cuando yo sea indigna, no ha de faltar para mí un bocado de pan.

¡Admirable respuesta! Al considerar las sublimes cuanto piadosas palabras de la Cananea, no sabemos qué mas debemos admirar en ellas, la pureza de la fe, el heroísmo de la paciencia ó el milagro de la humildad. No solo da á Jesucristo el título de Señor; no solo llama á los judíos hijos amados de Dios, admitidos á su mesa; no solo se cree y se confiesa, respecto de ellos, una pobre perra, indigna de estar bajo la mesa, sino que proclama á los judíos por dueños y señores suyos; se humilla en presencia de todos, y se coloca bajo los piés de todos.

Estas palabras, tan sublimes en su misma sencillez, rebosan de cristiana elocuencia, de manera, que los santos Padres no se cansan de meditar en ellas. La Cananea viene á decir: ¿Qué es lo que has dicho, Señor? Mientras parece que rechazas mi petición, tú mismo te constituyes su defensor, y confiesas que merece ser oída. ¿Me has

llamado perra? Pues bien, acepto esta palabra, y te digo, que si soy perra, tanto mejor, porque soy de casa, pertenezco también á la familia, como el perro doméstico, y no puedo ser arrojada de ella. Yo tengo también derecho á ser alimentada, y no puedo abandonar la mesa de mi Señor.

¡Oh peticion! ¡Oh ejemplo! No era posible, en verdad, pedir con más fe, con más confianza, con más humildad, con más perseverancia ni con más perfeccion! Pero ¡oh cambio maravilloso, ó mutacion repentina en el semblante y en las palabras del Salvador! Deponiendo el Señor la severidad de su aspecto, y dando libre rienda á su ternura y á su bondad, que solo para mayor gloria de la Cananea y para instruccion nuestra habia reprimido hasta entónces en su corazon, con una expresion de amabilidad y de dulzura inmensas, se vuelve á la Cananea, y mirándola con la ternura de un padre, le dice: Mujer, ¡grande es tu fe! ¡Dichosa tú, que has sabido encontrar el camino de mi corazon! A tanta humildad, nada puede negarse. Sabe, pues, que, por el mérito de tu súplica, el demonio en este mismo instante ha sido arrojado de tu hija para siempre. Véte, pues, en paz: lo que deseabas se ha cumplido: tu hija está sana, y tú eres feliz.

¡Oh dichosa, mil veces dichosa mujer! hé aquí la recompensa y la gloria de tu humildad. ¡Ya te has convertido, de perra que eras, en una de las mayores santas! ¡Oh sabio amor! ¡oh amorosa sabiduría de Jesucristo! La aparente dureza, que ha usado hasta ahora con la Cananea, no era más que un artificio de su ardiente caridad! No la ha llamado perra, sino para demostrar la grande humildad de su corazon; no ha despreciado su condicion, sino para poder elogiar su fe; no le ha diferido la gracia, sino para concedérsela más completa y más pronto; no la ha tratado como extraña, sino para poderla elevar á la condicion de los hijos, á quienes nada se niega; no ha mostrado despreciarla como gentil, sino para proponerla por modelo á todos los cristianos; en una palabra, no la ha humillado, sino para exaltarla; no se ha hecho sordo en un principio á su peticion, sino para poner despues en su cabeza una gloriosa corona.

Las migajas de pan, de que habló la Cananea, no carecen de misterio. Estas migajas significan los preceptos más pequeños y perfectos, los misterios más íntimos y preciosos del Evangelio, que forman en algun modo el alimento de la Iglesia. Y como los verdaderos hijos de la Iglesia no llegan al cumplimiento de estos preceptos ó á la inteligencia de estos misterios, sino por medio de la humildad, por eso se dice, que las migajas de pan no se recojen ni se comen sino

debajo de la mesa. Además, durante la antigua alianza, nosotros, los gentiles, éramos los perros, y los judíos, únicos adoradores del verdadero Dios, eran los hijos. Pero ¡oh maravilloso cambio! Estas denominaciones de *perro* y de *hijo* cambiaron de pueblo, así como la fe cambió de lugar. Los judíos, que antes eran *hijos*, habiéndose cebado con sacrilega saña en las carnes sagradas del Hijo de Dios, se volvieron perros, y, por el contrario, nosotros los gentiles, que éramos perros, hemos alcanzado la gracia de ser llamados hijos.

En la misma admirable historia, de que estamos tratando, descubren los Padres otro misterio. La hija de la Cananea, atormentada por el demonio, es el alma de todo cristiano sujeto al imperio de las pasiones, que son los instrumentos de la tiranía del demonio. Y ¿qué remedio hay para recobrar esta nuestra única y preciosa hija, libre y sana de las enfermedades que la han reducido á tal estado de miseria? El remedio único, cierto, seguro é infalible es el de recurrir á Dios por medio de la oracion.

4. En efecto; acabamos de ver hoy expuesto de una manera sensible y práctica, el gran misterio del espíritu de gracia y de oracion. La Cananea nos ha demostrado como habla el verdadero espíritu de oracion, y Jesucristo nos ha hecho ver, como este espíritu obtiene infaliblemente la gracia. La Cananea nos ha enseñado, que el verdadero espíritu de oracion empieza por retirarse de la tierra de los ídolos, ó de los errores, es decir, del tumulto del mundo y de las pasiones; que sigue á Jesucristo á la casa en donde se ha escondido y en donde reposa, esto es, en la Iglesia; que allí se postra ante él y le adora, porque solo ama las adoraciones que se le tributan en la verdadera Iglesia; y nos enseña, por último, que este espíritu de oracion, colocándose allí sobre la piedra de la verdadera fe, y levantándose sobre la piedra en alas de la humildad, de la confianza y del fervor, se presenta animoso ante el trono de Dios, esperando con paciencia y firmeza el momento en que el Señor se digne usar con él de misericordia. Jesucristo nos ha manifestado, igualmente, que el espíritu de la gracia, que al principio parece que se muestra sordo á nuestros gritos é insensible á nuestras penas, que se burla de nuestra miseria, é insulta nuestra humillacion y nuestro dolor, al fin, cuando ha hecho la prueba de nuestra paciencia y fidelidad, se declara en favor nuestro, se manifiesta en toda la plenitud de su ternura, y nos concede más de lo que le pedimos.

Esta es la explicacion de la conducta que hoy ha observado Jesucristo. Al principio se ha mostrado inflexible y poco dispuesto á

conceder la gracia, á fin de que al concederla más adelante, supiésemos, que el espíritu de gracia no falta jamás al verdadero espíritu de oracion, que habla y obra como en la Cananea. En este día, pues, Dios nos ha descubierto (permitidme la expresion) su lado débil, y el camino secreto para llegar hasta él, para arrebatarle de las manos sus dones, y hacernos, por decirlo, así, dueños de su voluntad.

Los filósofos antiguos decian, que la divinidad es inaccesible al hombre; y es mucha verdad. Este Dios infinito, inmenso y eterno, reside en un lugar inaccesible: millones de ángeles rodean su trono, y hacen imposible el acceso á todas las demás criaturas. Jesucristo, empero, nos ha demostrado hoy con los hechos, que la divinidad, no solo es accesible, sino tambien superable; nos ha revelado un gran secreto, nos ha descubierto un camino oculto al orgullo, pero manifiesto á la humildad, fácil, cierto y seguro para llegar hasta Dios: *El camino de la oracion*. Por este camino puede el hombre penetrar en los cielos, abrirse paso por entre la multitud de los santos y de los ángeles, forzar las guardias del gran monarca, llegar hasta su trono, quitarle el rayo de la mano, hacerle descender desde la altura de su majestad y de su gloria infinita hasta nuestra propia miseria, y obligarle á usar de misericordia con nosotros. Verdad es, que nosotros somos todos, no solo miserables, sino la misma miseria y la misma pobreza, así como Dios es la misma riqueza, la misma grandeza y la majestad misma. Verdad es, que nuestro entendimiento es ciego, nuestra imaginacion enferma, nuestra voluntad inconstante, nuestra carne rebelde, nuestro corazon inclinado al vicio y difícil de sujetar al dominio de la virtud. Verdad es, que son grandes los peligros, frecuentes las ocasiones, las tentaciones seductoras, las pasiones poderosas, las fuerzas pocas, y el valor escaso; pero ni toda esta miseria, ni toda esta debilidad nos servirán de excusa ante el tribunal de Dios, ni harán que su justicia castigue nuestras culpas con menos severidad; porque, así como á Job le quedaron sanos los labios, así á nosotros, en medio de las ruinas de nuestra condicion moral, la piedad nos ha dejado la gracia de la oracion, con la que podemos reparar todas nuestras pérdidas, recobrar todas nuestras fuerzas, y volver á una sanidad perfecta.

Verdad es, que algunas veces oramos mucho sin conseguir nada; esto sucede, empero, con respecto á las gracias del órden temporal, que, por lo general, habrian de ser perjudiciales á nuestro bien espiritual; y por esto Jesucristo, al negarnos tales gracias, nos hace la mayor de todas, mostrándose salvador amoroso de nuestras almas. Más, por lo que toca á las gracias del órden espiritual, éstas, si las

pedimos con verdadero espíritu de oracion, las obtendremos siempre y las obtendremos todas.

Excitemos, pues, en nosotros el espíritu de oracion, que es la primera y mas gratuita de las gracias de Dios, y que á ninguno se niega; procuremos utilizar este gran caudal, este tesoro precioso adquirido con la sangre de Jesucristo, y por cuyo medio se alcanza la vida eterna. Oremos con humildad, con confianza y con fervor: oremos siempre, sin intermision, como nos manda Jesucristo; porque, así como el cuerpo tiene siempre necesidad de alimento, así el alma necesita siempre de la oracion. De esta manera encontraremos en la oracion la medicina de todas las enfermedades del alma, el bálsamo de todas las heridas, el consuelo de todas las aflicciones, el antidoto de todos los vicios, el apoyo de todas las virtudes, la fuente de todas las gracias, y la llave que nos cierra el infierno y nos abre el cielo, que os deseo á todos.

CANCIONES DESHONESTAS.

Omnis immunditia nec nominetur in vobis... aut turpitud.

Toda especie de impureza ni aun se nombre entre vosotros, ni tampoco palabras torpes.

(Eph. v, 3 et 4.)

Sabido es, que las canciones influyen poderosamente en las costumbres; y así se observa, que no hay país alguno cuyas revoluciones no se hayan distinguido y fomentado con algunas canciones más ó ménos expresivas. Siempre que se ha querido sublevar á los pueblos, siempre que se ha tratado de conservar la memoria de un grande hecho, se ha recorrido á las canciones, como medio fácil de enardecer los ánimos, ó de retener en ellos la memoria de las adquiridas